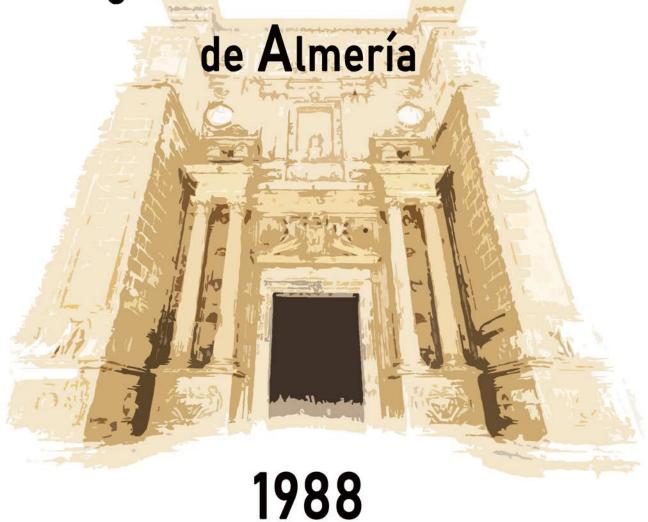


Agrupación de Hermandades y Cofradías de Almería

Pregón de la Semana Santa



- José Rafael López Usero -



Cuando fui designado como pregonero de la Semana Santa almeriense, me plantee uno de los retos más grandes de mi quehacer cofradiero, porque no es fácil pregonar una Semana Santa, que no tiene la tradición secular de otras provincias españolas, en las que la calidad artística de la imaginería, la historia y las obras de arte daría tema más que sobrado para un mejor lucimiento. Pero sí se puede hablar de un denominador común a todas las cofradías y el motor que mueve a éstas: la fe.

La fe ha hecho que en pocos años, un grupo de jóvenes católicos, consciente del legado histórico, que, queramos o no, nos dejaron nuestros mayores haya hecho que surja una Semana Santa pujante y hermosa, como una flor que en una exquisita y rara maceta cultivada a lo largo del año, florece cada mes de marzo-abril entre embriagador perfume de azahares y voluptuosas nubes de incienso.

El personaje principal, al igual que en todas las Semanas Santas, es uno: Jesús.

Segunda persona de la Santísima Trinidad que, por voluntad propia, se ofrece holocausto ante el eterno Padre para satisfacer al Altísimo de la primera afrenta que hiciera nuestro padre Adán.

Pero para llevar a cabo la mayor lección de amor que vieron los siglos ante las legendarias murallas de Jerusalén, hace falta otra persona: María.

De un familia humilde, violeta nazarena, que acepta solícita invitación de la augusta Trinidad para colaborar en la redención del género humano.

Su vida se hace patente, según los evangelios, en muy contadas ocasiones. Las justas, las necesarias, pero está ahí, en su sitio.

Y el pueblo agradecido la saca del anonimato y la exalta de una manera excepcional.

A lo largo de los siglos, la adorna con las más hermosas prerrogativas, si es que le faltaba alguna, pues no en vano le dijo el ángel que estaba llena de gracia.

El mundo cristiano empieza proclamándola "Madre de Dios" y el arte, a través de sus múltiples facetas, la alaba y ensalza.

Surgen templos, catedrales y ermitas de las más variadas formas y estilos. Los pintores la inmortalizan en sus cuadros. Los poetas la cantan y los músicos componen para la Reina y Señora, para la flor de las flores, las más bellas composiciones musicales. Pero aún llega el pueblo andaluz a más, y como homenaje a tan celestial Señora, se adelanta, nada más y nada menos, casi en tres siglos al Vaticano, para proclamar a los cuatro vientos la concepción inmaculada de María. Y cuando, tras el Concilio de Trento los desfiles procesionales, se hacen patente lección plástica de catequesis, en la calle, no se olvida de poner junto a la imagen doliente de Cristo, la imagen llorosa de María.

Pero al contrario del sentido patético de otras regiones españolas, Andalucía la



manifiesta esplendorosa, llena de resplandores, de luces y de flores como una nueva aurora. Es una lección de teología popular la que sitúa tras la ensangrentada imagen del crucificado, a una virgen apenas sin llanto y que nos trae un anticipo de la Resurrección.

Para sacarla a la calle, los artistas, crean el paso del Palio en el que las flores, la plata, la cera, los terciopelos y los bordados se conjugan de una manera espectacular, formando un trono digno para la reina del cielo. Pero para llevar a cabo esta obra, los orfebres cincelan los más nobles metales. Surgen los respiraderos y los varales de las más atrevidas formas, elevan hacia la altura los suntuosos palios, que se llenan de los más ricos bordados que manos piadosas se encargan de plasmar en los más finos terciopelos:

Manos que tienen anhelos
de filigranas de oro.
Manos que graban a coro
coplas en el terciopelo.
Manos que siempre en desvelo
de sedas y pedrería,
acarician a porfía
palio, saya, blonda y manto,
para consolar el llanto
de los ojos de María.

El paso se complementa con la Candelaria, que ante la Virgen se levanta como los tubos de un órgano imaginario, hacia cuyo teclado se tienden las manos de la Señora como si quisiera interpretar la sonata patética de sus siete dolores. Después se le colocan las flores, que ya sea en jarras, ya sea en macizos, compiten en fragancia y hermosura y me atrevería a decir que hay un pugilato entre ellas y sienten cierta nostalgia cuando no acompaña el llanto de la Señora.

Si no voy entre los varales dijo una flor entreabierta — si no formo en los fanales, si no me abriga la cera, si no me quedo en el aire, de su llorosa carrera, ¿florecer para qué quiero si voy a morir de pena?

Ya tenemos el paso listo. Sólo falta la Virgen que para que armonice en el trono que se le ha preparado hay que vestirla. ¡Y de qué manera! Porque para vestir a una Virgen, vosotros, hermanos cofrades, que tenéis la suerte de desempeñar este menester, sabéis de la delicadeza, del gusto y el arte. Vosotros sabéis de esos diálogos mudos con la Señora, cuando se le prende las tocas. Vosotros sabéis lo difícil que es...

Vestir Vírgenes, amor, es como vestir al cielo



más que colgar de los astros sus resplandores pequeños. Más que poner en los lirios su morado terciopelo; más que desdoblar la luz en colores y reflejos; más que apresar a la luna y encadenar a los vientos. No hay oficio más sublime ni orfebre ni imaginero – que junto a éste lo iguale en emoción y misterio. ¡Qué dulce oficio más alto! ¡Qué sublime el empeño! Vestir de flor en flor de los más hermosos pétalos; vestir de luz a la estrella que reina entre los luceros... Vestir de madre a la madre que llora a su hijo muerto. ¿Cómo se viste a una Virgen sin tocarla con los dedos? ¿Cómo a una novia de cristal que la mancha hasta el aliento? ¿Lo mismo que se amortaja a una madre toda en negro? ¿Cómo se prenden las sayas que han de ceñirse a su cuerpo? ¿Cómo se arregla el corpiño para el transparente pecho? ¿Cómo se clava un puñal de ese su dolor inmenso? ¿Cómo se la cuelga el manto oro y seda, tierra y cielo? ¿Se lo pusieron llorando? ¿Se lo pusieron riendo? ¿Rezaban Avemarías con un profundo respeto? ¿Pensaban que la Señora dulces ojos, grandes negros es acaso tan bonita como la que hay en los cielos? ¿Cómo se viste una Virgen sin herirla con los dedos?



Y así vestida, alhajada y esplendorosa sale a la calle.

Y Almería nos la presenta bajo nueve advocaciones a cual más bonita. Son nueve vírgenes, con una personalidad distinta y que nos ofrecen una faceta variada del llanto. Como vírgenes andaluzas, apenas lloran y si lo hacen es sin estridencias, un llanto sereno, sosegado. Como es el llanto de la Virgen de la Paz que en la mañana triunfal del Domingo de Ramos nos anuncia la salvación y portando en sus manos el ramo de olivo, como una nueva paloma tras el diluvio, nos reconcilia con Dios. Y en medio de su consuelo llora porque sabe que a cambio de este mensaje, de este nuevo renacer a la vida le va a costar la pérdida de su amado hijo y su corazón empieza a ser atravesado por la espalda que le anunciará Simeón...

Y va la Virgen de la Paz sobre su sitial de reina con los oios anegados en llanto de mil estrellas. Como columna gloriosa uniendo el cielo y la tierra. Un puñal de siete filos va timonando su pena por el mar de su amargura donde ella es barca sin vela. Su faro es la Cruz de Cristo, su manto espumosa estela, su puerto el Monte Calvario, sus remos Almería entera, que por consolar su llanto en el Domingo de Palmas, con la Virgen va llorando mientras sostiene sus andas.

El Miércoles nos despliega un abanico multicolor con tres de sus Vírgenes niñas – yo así las llamo – y con los nombres la mar de evocadores. Y basándome en esos nombres, en vez de Miércoles Santo, lo llamo Miércoles de Esperanza, de Merced y de Amargura.

Miércoles de Esperanza. La tarde se ilumina con resplandores dorados, la Alcazaba enciende sus murallas con los últimos rayos del sol poniente y la catedral fortaleza abre sus puertas de par en par para dar paso a su reina.

Es la Esperanza: la gracia y el salero andaluz prendidos airosamente juntos a los flecos del palio.

Esperanza de una promesa cumplida bajo los auspicios del más noble perdón.

Esperanza de una nueva aurora en la vida, y como aurora, brilla en el marco incomparable de su paso.



Esperanza. El nombre más hermoso que sólo la flor de las flores, María, es digna de llevar y por eso, como flor, va entre flores; porque es aurora, va entre resplandores, porque es promesa pasagozosa, triunfante, esbozando una leve sonrisa en el rictus doloroso de sus labios tras el velo de su llanto, que sirve de rocío vivificador, para dar tersura de rosa, a su rostro de azucena.

Noche de Miércoles Santo. La celestial Esperanza sale llorando a la calle, envuelta en la filigrana de su paso, cera y flores, terciopelo, oro y plata, entre rumor de saetas y olor de incienso y acacias. Bajo el palio esplendoroso, donde su pena se ampara, su paso es como una cruz donde su dolor la clava con siete filos agudos de una dolorosa espada que a su corazón de estrella atormenta y despedaza. por su pena, llora el cirio la nitidez de sus lágrimas y el suave aroma del lirio de su cáliz se derrama para subir a sus manos una oración perfumada hecha pañuelo de encaje para secar sus pestañas. Y mientras su llanto de niña fundiéndose en flores blancas, le va ofrendando a la noche todo un panal de fragancias, Almería se va llenando toda de amor y esperanza.

La otra faceta del Miércoles Santo nos la ofrece la Cofradía del Prendimiento.

Cristo ha sido entregado, traicionado, dejado en el más completo de los abandonos. Se ha quedado solo con nuestros pecados a cuestas. Empieza la Pasión, ha pronunciado su Fiat, es la hora de las tinieblas.

Pero para disiparlas va la Merced resplandeciente. Es la más niña de la noche del



Miércoles. Tampoco llora, se le resisten las lágrimas que como luceros constelan el cielo de su cara...

Pasan los campanilleros la banda ya está tocando y a su sonido se mecen las doce varas del palio que va llenando la calle de resplandores dorados como un fanal de cristal con flores de cera y raso, y en su centro la Merced toda vestida de blanco. Blanca su saya bordada, Blanca la flor de sus manos, blancas las líquidas perlas que le dan forma a su llanto blanca su cera y sus flores blanco su palio y su manto. Va lo mismo que una novia

- novia de Almería la llamo —
y su divina blancura
Almería la va copiando
para la cal de sus muros
y flores de sus naranjos.
Ay Virgen de la Merced
que no te cambien el manto
porque mañana, en la tarde
solemne del Jueves Santo,
Almería quiere ir de novia
a visitar los sagrarios
y le falta la blancura
impoluta de tu paso.



Almería quiere ser novia como tu bajo tu palio y ofrecerle su pureza a Jesús Sacramentado.

La noche avanza. Cristo azotado, escarnecido, coronado de espinas va camino del Calvario; pero Almería le pone una calle de la amargura en la que se va a encontrar con su madre y mientras ésta, toda hermosa y transida de dolor, desfila bajo las nieves del templo catedralicio...

Por la calle de Cervantes cuando sube hacia el calvario, la imagen del Nazareno parece un lirio morado que bajo el grueso madero va doblegando su tallo igual que se dobla el junco por el viento flagelado. La blancura de los muros lo va en sombras dibujando a la luz de los faroles de las esquinas del paso. Cada cirio es una llama que lo va multiplicando disminuyéndolo a veces y otras veces agradándolo. Un perfume de claveles, sobre el trono desmayado, va convertido en suspiro y sollozo entrecortado que quiere hacerse saeta para llenar el espacio y embalsamar a los aires con su canto perfumado. iQué lento va el Nazareno en su subida al Calvario! Va lo mismo que un suspiro suspendido allá, en lo alto, tenue, cual la leve brisa que llega del mar cercano, con un rumor marinero que por el cielo bogando arriba sobre Almería en un barco imaginario



hundiendo airoso la quilla en los mares de su llanto.

La Virgen de la Amargura cierra el desfile del Miércoles.

Es la Virgen que más llora. Sus ojos, apenas dan abasto para tanto llanto y se elevan hacia la altura no para increpar al altísimo por tanto dolor, sino para volver a dar un nuevo consentimiento para colaborar en la redención.

Es la Amargura, su nombre lo dice todo.

El dolor perló su cara dándole forma a su llanto la pena con su quebranto fundidos en agua clara. ¿Quién puso sobre tu cara tal nardo de desventura que ahora vas flor de hermosura por las calles desolada? ¿Quién te puso en la mirada ese rayo de ternura que elevas hacia la altura bajo la noche estrellado? fueron manos celestiales las que hicieron tu escultura y viéndote Almería llorar te dio el nombre de amargura.

El Jueves Santo, Cristo se hace Eucaristía en la Última Cena. Los Sagrarios llena todas las iglesias. Los monumentos arrancan destellos a los dorados de los retablos y mármoles de los altares. Las flores se rinden ante el Creador.

Es el día del amor fraterno y Cristo se queda entre nosotros por amor. Por amor se deja crucificar en un madero de afrentas. Por amor traspasan sus pies y manos. Por amor se deja coronar de espinas. Por amor deja traspasar su costado por la lanza, para darnos hasta la última gota de su sangre. Tanto puede el amor. El amor más grande. Tan grande que sólo un Dios misericordioso puede dar. Y mientras Cristo, el del Amor, exhala el último suspiro y en este último esfuerzo abre sus brazos para abarcar el mundo, su madre, la Virgen del Primer Dolor, vuelve a elevar su mirada hacia lo alto. Sus ojos, abiertos de par en par al cielo almeriense, dejan fluir el manantial de su llanto y sus pestañas, como los pistilos mojados de una flor, brillan bajo el resplandor de los cirios...

Y el llanto sideral que esos sus ojos de estrella derraman sobre la esfera de la corona de la corona armilar,



hay galaxias de cristal, constelaciones de pena, vías lácteas de amarguras y asteroides de tristeza.
Sus lágrimas son cual luceros perdidos sobre la niebla azulada de su manto, que sobre sus hombros lleva, y que el cielo va copiando para sus noches más bellas.

La noche del Jueves Santo continúa. La Virgen ha recibido a Cristo en sus brazos. Se ha quedado muda de asombro. Apenas si puede dar crédito a lo que ven sus ojos. Su pena no tiene límites y para consolarla, Almería la hace desfilar esplendorosa en su paso. Es el momento de la piedad, una piedad sobrenatural, impregnada de indecibles angustias, que apenas tiene fuerzas para sostener el inanimado cuerpo de su hijo...

La Virgen va como flor sobre el rosal de su paso, mirando sobre su falda a su hijo deshojado, con cuatro rosas de sangre que le dejaron los clavos y un río de misericordia manándole del costado. ¡Que angustias debe tener al llevar en su regazo al que autor de muerte y vida ara vender al pecado tuvieron que entregar la suya salvando al género humano. ¡Qué lejos queda Belén cuando dormido en sus brazo le acunaba dulcemente al arrullo de su canto. Hoy una música lenta sobre un compás funerario recorre toda Almería para acompañar tu planto. ¡Qué sola vas madre mía el cielo te ha abandonado y no lo puedes remediar llevando al cielo en tus brazos. Ay Virgen de las Angustias,



Virgen del amargo llanto,
llevas la aurora en tu cara
y al sol sobre tu regazo.
Y a ti que eres flor de las flores,
templo del Espíritu Santo
hija del eterno padre,
madre del verbo humanado,
en vez de llamarte Angustias
te llamo Regina Martirun
pues aunque seas un flor
que el dolor va deshojando
en tu trono de dolor
eres reina de la pena y del quebranto.

Como broche final del Jueves, la Virgen del Consuelo. La Virgen bonita de Almería. A su vera jugué en mi infancia y mis primeras oraciones en el templo franciscano fueron para ella. Para mi Virgen, sí, mía y me atrevería a decir que era más mía que de los de su propia hermandad, porque mientras sus cofrades venían de otras parroquias para rendirle culto, yo la tenía para mí en mi parroquia. Por eso era, es, y será siempre mía. Mi Virgen.

La Virgen del Consuelo, la de los ojos entornados, este año va a salir por primera vez a hombros de costaleros y a ellos quisiera pedirles un favor muy especial...

Ten cuidado costalero llévala con mucho amor no se te rompa esa flor que va deshojando el llanto. No le aumentes su quebranto ni acrecientes su dolor. Mira, que va sin consuelo la que Consuelo se llama y una espada dolorosa le va traspasando el alma. Mécela pausadamente, llévala con mucho mimo y alfómbrale su camino con tu alma penitente. Piensa que tú eres florero y arriba ella es la flor, llévala con mucho amor y despacio, costalero.

Y a ti Virgen del Consuelo te quisiera consolar en tu amargura, pero no encuentro las palabras apropiadas y sólo acierto a decir:



Dulce Consuelo, que lloras tu pena desconsolada, no dejes salir tu llanto y aprisiónalo en las redes de tus divinas pestañas. ¿No ves que si te entristeces Almería contigo llora? ¡No llores reina y señora! que la noche del Jueves Santo Almería es un pañuelo que quiere secar tu llanto y cubrirte con un manto tachonado de luceros. ¡No llores flor de las flores! ¡No llores reina del cielo! ¡No sufras Madre de Dios! Te lo pide el pregonero que llora con tu dolor.

Se han recogido las procesiones, y al igual que en otras ciudades españolas Almería pasa la noche en vela, no para presenciar nuevos desfiles de más o menos fama. Almería va a velar a Cristo Eucaristía en la Santa Iglesia Catedral y se va a repartir esta vela entre el sagrario y la capilla del Cristo de la Escucha. Del Señor de Almería. El que a lo largo del año recibe oración tras oración, queja tras queja, suspiros y rezos incluso a través de los muros catedralicios cuando este templo permanece cerrado.

Y por eso, al filo del Viernes Santo, el Cristo de la Escucha va a devolver su visita a los devotos, a su pueblo que lo espera expectante y con los ojos anegados en llanto cuando...

Bajo un cielo de cristal,
tachonado de luceros,
se recorta la silueta
del Sacrosanto Madero
donde en brazos de la muerte,
la faz caída sobre el pecho,
reposa plácidamente
Jesús – Divino Corderoprendido con cuatro clavos
y con el costado abierto
manando misericordia
sobre todo el Universo.
Lleva la faz reposada
y sobre el divino cuerpo
se dibujan las heridad



de su trágico tormento. Ay mi Cristo de la Escucha ¿por qué tan hermoso y bello? ¿Qué sentirá el escultor al darle forma a tu cuerpo? Dime Jesús: ¿Por qué causa en tu muerte estás sereno siendo injusta la sentencia y tan cruel el tormento? ¿Por qué si son cuatro clavos colgando estás del madero tienes ese gesto dulce y sosegado tu pecho? ¿Por qué si esa tu frente de diamantinos reflejos va traspasada de espinas aún nos estás bendiciendo? ¿Por qué Cristo ese silencio que despliega su bandera para abrazarse a tu leño? ¿Por qué Cristo de mis pena de mi angustia y mi tormento? ¿Por qué vencer la muerte tú le ganaste muriendo? ¿Por qué le diste tu sangre, si por calmar al eterno tan solo con una gota hubieses pagado el precio de aquella afrenta primera que hiciera el hombre primero? Ay mi Cristo de la Escucha, Sobre el trono de tu leño parece que vas dormido en brazos del Padre Eterno.

A la caída de la tarde del Viernes Santo, José de Arimatea pidió permiso para enterrar a Jesús. Fue bajado de la Cruz, ungido y amortajado y en un sepulcro que para sí tenía fue colocado con todo el ritual y la premura que el día de la parasoeve judía estipulaba:

Almería lo coloca en un sepulcro de nobles maderas.

Yace Jesús cera y lirio y por sus venas azuladas, que son metafóricos ríos con caudal de inmensas gracias,



la sangre va presintiendo la resurrección cercana llevando hasta el corazón un repicar de campana, mientras su madre, María, con las tocas enlutadas, va constelando luceros en el cielo de su cara.

Y ahí está la Virgen en San Pedro. Afligida, llorando en silencio y hasta ella me llegó en esa tarde para acompañar su dolor...

Vengo a llorar contigo cuando se apaga la tarde. Vengo a mirarme en tus ojos de dulzuras inefables porque ya no me quedan en la tierra otros ojos de madre que me ayuden a ver la vida clara, que iluminen el cielo de mi tarde, donde toda ilusión se me deshoja en una progresión de oscuridades. Y con mi dolor de hijo a tu dolor de madre te ofrezco cuantas rosas y azucenas florezcan en mis densas soledades. Y dame tú el consuelo que no me ha dado nadie, y llena este vacio donde mis penas arden y en el cielo que anhelo deja entrar a mis padres, a mis padres que tanto me quisieron y tanto me enseñaron a amarte. Vengo a llorar contigo. Vengo a decirte madre. La madre que me queda en mis densas y oscuras soledades.

Y por último y el regreso del sepulcro. La Virgen en la más completa soledad. La Virgen de Almería. Es la Virgen que aglutina todo el fervor cofrade almeriense. Es la Virgen chiquita, la de la carita de pena, la que en Santiago escucha día tras día el constante tributo de adoración de todas las madres almerienses.



La Soledad es la síntesis de todas las dolorosas.

Porque ella es Merced y Esperanza, es Paz y es Amargura Primer Dolor y Consuelo y también eres Angustias madre mía de los Dolores. Pero entre todos estos nombres el que mejor a ti te va es ese el que tú tienes Virgen de la Soledad. Soledad sólo aparente que hasta tus plantas las olas un rumor de caracolas te llevan este cantar: ¡Soledad tú no estás sola que la ciudad de Almería tu pena contigo llora y a tus plantas, noche y día están celestial señora rindiéndote pleitesía tus cofrades que te adoran.

Y ya cuando la Virgen de la Soledad ha entrado en su templo, la ciudad espera acontecimientos.

En ese compás de espera, Almería se recoge íntimamente para llorar la muerte de Cristo. Pero aun así en medio de esta congoja la ciudad presiente los gozos de la Resurrección porque hay la voz de ángel que le dice:

Almería tú no llores.
Enjuga tu amargo llanto,
que a eso de la media noche,
un ángel todo de blanco
irá cruzando los cielos
a los aires pregonando
que Jesús el Salvador
de la muerte ha despertado.
Y voltearán las campanas,
y de luz se irán llenando
los cielos, tierras y mares
y en ese esplendor dorado
tú también noble Almería
te irás vistiendo de blanco.



Y nuevos cantos de Hossana florecerán en tus labios con un canto de aleluyas, mientras en tus campanarios repetirán las campanas que Cristo ha resucitado.

HE DICHO.

Nota: Los poemas "Cómo vestir a una Virgen" y "Vengo a llorar contigo", son de Nicolás Fontanillas.